
El Hijo, Reflejo de sus Padres



por Juan M. Drescher

Afuera estaba lloviendo y por esta razón los niños estaban jugando adentro en la sala. La fuerza de sus voces iba aumentándose.

“¡Dejen de pelear!”, ordenó la madre al acercarse a ellos en la sala. “¿No saben que no se arregla nada con pelear? Cállense y dejen de molestar”.

Imagínese la sorpresa ocasionada por las palabras de uno de los niños: “Pero, Mamá, nosotros no estamos pelando. Estamos jugando de papá y mamá”. Claramente esos padres ignoraban la importancia de su ejemplo.

Desde los primeros momentos de su vida, el niño aprende por imitación. Y esto de imitar ocurre en todas las áreas de la vida. El mismo juego toma forma de actuar de los padres. Niños imitan la postura corporal, los hábitos, el tono de la voz, el estilo de expresarse y el vocabulario del padre. Es tan fácil que el niño adapte vocabulario correcto, hechos correctos y modos correctos como lo es de copiar lo incorrecto.

Ninguna placa fotográfica es tan sensible como el espíritu de un niño, y las imágenes que se forman allí, determinan la dirección y el destino de la vida. Por un sin número de cositas e influencias, inconscientemente los padres, hilo por hilo están tejiendo el carácter del hijo.

Al crecer el niño, él forma su carácter de acuerdo con el ambiente de la casa. Si el ambiente es de amor, lo embebe. Si el ambiente es de confianza y fidelidad él aprende a confiar en otros y a portarse digno de ser confiado.

¿Qué forma el ambiente del hogar? Las actitudes de los miembros de la familia para con los demás contribuyen mucho. Los factores que dan forma a nuestro modo de vivir diariamente, forman el ambiente de nuestras casas y muestran la esencia de nuestra fe y esto es lo que pasa del padre al hijo.

Por cosas pequeñas y por hechos sencillos, se gana el respeto y el amor del niño. Si padres toman y disponen de tiempo para el hijo, el hijo dispondrá tiempo para sus padres. Si se manifiesta amor y cariño en su modo de hablar al hijo, el hijo mostrará lo mismo con sus padres. Si por sus acciones el padre prueba que quiere a su hijo hoy, el hijo va a querer a su padre mañana. Si por el modo de hablar de otros el padre manifiesta respeto por el prójimo, el hijo también aprenderá a respetar, querer y amar al prójimo. Además, las irritaciones y provocaciones del padre contagian al niño. Chismes y críticas del prójimo le dan “dentera al hijo”.

Muchas veces el ambiente del hogar se determina más por las reacciones que por las simples acciones de padres. La blanda respuesta de un padre al enfurecido vecino que le maldecía y le echaba falsas acusaciones, dejó una impresión indecible sobre el joven en la casa, y esa persona ya grande ahora se conduce con calma y confianza aun en los momentos semejantes en su propia vida. ¿Cómo reaccionan los padres bajo acontecimientos imprevistos? ¿Se ha fijado como algunos niños reaccionan al caer del columpio o al lastimarse en el juego? Algunos simplemente se levantan, se sacuden del polvo y regresan al juego sin quejarse y sin echarle culpa a nadie. Otros, enojados, gritan, echan la culpa a otros y llorando abandonan el juego de mal humor. Nosotros los padres con nuestras reacciones frecuentemente determinamos la reacción del hijo en circunstancias semejantes.

Reacciones emocionales ejercen grande influencia sobre el niño. Son más contagiosas que la tos ferina y mucho más duraderas. Precisamente en esos detalles padres fallan con mucha frecuencia. Padres inculcan falta de respeto para la ley por sus actitudes. Conozco a un padre que lamenta la delincuencia juvenil sin embargo él mismo no atiende a los reglamentos de tránsito. Se jacta delante de sus hijos de la vez cuando la radio patrulla le detuvo por su alta velocidad, pero con su astucia escapó el pago de la remisión. Tal padre no debe de sorprenderse cuando su hijo muestre falta de respeto a las leyes de la casa, de la escuela, y de la patria.

A veces personas cristianas activas en la obra de la iglesia no comprenden el poco interés que sus hijos manifiestan para las mismas cosas. Esa indiferencia se formó en el hijo al oír en casa las críticas de los sermones del pastor, de los cantos, de los hermanos y de las exigencias de la iglesia sobre la vida. ¿Y qué de las lecciones de deshonestidad aprendidas por los hijos de padres que traen a la casa lápices, papel, herramientas y cosas por el estilo, robadas de la oficina o del taller del patrón? ¿Es de esperar que el hijo sea honrado cuando escucha la plática de los chanchullos de su propio padre?

Conozco a un padre que se esfuerza siempre en cumplir sus promesas. No importa la edad del niño o lo pequeño de la promesa, siempre cumple fielmente lo prometido. En esa forma él está impartiendo confianza, honradez e integridad al hijo. También conozco a otro padre que siempre se zafa de su hijo por montones de promesas que raras veces se cumplen. Ese padre está destruyendo el carácter de su hijo y estos prejuicios y daños difícilmente se reparan.

Cuando se entrega a los niños billetes para su propia diversión y sus golosinas y diez centavos para su ofrendita para la iglesia, le estamos enseñando que darse gusto a sí mismo vale diez veces más que la benevolencia cristiana.

En cierta ocasión, un pequeño niño había construido cuidadosamente y pacientemente una casa con sus trocitos. Mostró bastante interés en su proyecto. Llegó la hora de acostarse. Su papá lo llamó de su juego y le mandó guardar sus juguetes y eso ¡ya, ya! A pesar de sus súplicas y los sentimientos del niño, el papá, con el pie botó la casa y deshizo el fruto de largo esfuerzo de parte del niño. Al paso del tiempo, el hijo aparentemente sin consciencia ninguna y sin falta de respeto para los bienes del padre, destruyó una cosa muy apreciada de su padre. ¿Hay alguna semejanza en el proceder de los dos?

Con mi hija pequeña esperaba nuestro turno en la clínica de un médico. Entró una familia con dos pequeños muchachos. El más pequeño no permitía que sus padres le quitaran su chamarra gruesa y su gorro “por miedo del doctor”. Pronto, sin embargo, él estaba jugando felizmente, pero con bastante bulla, en el salón de espera. Con tal de evitar que quebrara la lámpara, que rompiera las revistas, y que no molestara a los demás pacientes, sus padres intentaron controlarlo por medio del miedo diciéndole muchas veces: “¡Ya viene el doctor! ¡Te va a llevar el coco! ¡Te vamos a pegar cuando lleguemos a casa!” El muchachito después de la primera y segunda amenaza no les hizo caso. Y ¿para qué? Tales padres inculcaban al niño miedo para uno de sus mejores amigos y falta de respeto para la autoridad paternal.

Niños suelen vivir de acuerdo con la reputación anunciada por sus padres. Hace algún tiempo visitaba en un hogar donde continuamente los padres hacían comentarios acerca de la mala crianza de su hijo de tres años. Vez tras vez ellos decían, “Es muy mal criado. Es muy vivo. No puede estar quieto. Es tonto. No hace caso”; y el muchachito de tres años dio claras evidencias que se estaba esforzando con cumplir con el concepto descrito por las palabras imprudentes de sus padres. Conviene pensar del poder positivo que otra clase de recomendación hubiera tenido en la vida del niño.

Unos padres se molestaron cuando su hijo fue expulsado de la escuela por falta de respeto para con su maestro. El hijo se puso obstinado y rehusó reconocerse culpable de su falta. Los padres quedaron escandalizados. Sin embargo, no eran capaces de entender que ellos mismos habían inculcado esa falta de respeto en el hijo cuando hablaban delante de él de las faltas de los maestros, las equivocaciones imaginarias de los directores y desprecio en general para el magisterio. Inconscientemente habían infundido en el niño, la falta de respeto que resultó en su expulsión. Muchas veces el niño escuchaba palabras como las siguientes: “Los maestros de hoy no son como los de ayer. No sirven; son incapaces. Solamente son maestros los que no son capaces de conseguir trabajos mejores por otro lado”.

Padres en el trabajo de enseñar a sus hijos no gozan de feriados ni vacaciones. Día tras día, semana tras semana el niño está siendo instruido inconscientemente por los hechos de los padres. ¡Cuánta sinceridad, consideración y cuidado conviene al padre mostrar delante de sus hijos, tesoros entregados por Dios mismo para su educación, para la vida y preparación para la eternidad!

- *Traducido del Moody Monthly*